

## **A la raíz del capital**

### **La exhortación pastoral “La alegría del Evangelio” del papa Francisco: ninguna revolución, pero sí un programa que puede llevarnos hacia ella.**

Kuno Füssel y Michael Ramminger<sup>1</sup>  
Instituto de Teología y Política  
Münster, Alemania

---

La noche de su presentación como nuevo papa, el 13 de marzo de 2013, Jorge Bergoglio pidió a la multitud reunida en la plaza de san Pedro que primero lo bendijera a él, porque: “Soy un pecador”. Esta no es una fórmula rebuscada de humildad. Francisco no se mira a sí mismo como la persona que puede dar una respuesta infalible a todas las cuestiones de fe, sino que reconoce sus limitaciones y su falibilidad. Confiesa que en sus años en Argentina, en los que pasó de sacerdote a cardenal (de 1969 a 2002), cometió muchos errores. Rechaza las actitudes ostentosas y los rituales pomposos, vive austeramente y está abierto a todos los que buscan su cercanía, pero en especial a los pobres, necesitados y excluidos de la tierra. Si esta conducta fuera imitada cuando menos en su iglesia, podría cambiar el mundo. Aun cuando en temas delicados como el aborto, el divorcio y la homosexualidad no va más allá de la enseñanza tradicional de la iglesia, no se cansa de subrayar que él no tiene derecho a juzgar a otras personas y “rechaza la intromisión espiritual en la vida personal”, como señala el *Corriere della Sera* del 20 de septiembre de 2013. Busca un diálogo comprensivo con las mujeres que han abortado, así como también con divorciados y homosexuales. En este sentido, toma mucho más en serio la libertad humana que sus dos antecesores.

Con toda seguridad debe haber escogido el nombre de Francisco después de una larga reflexión. Es conocido el dicho de Francisco de Asís: “Quien no tiene posesiones, tampoco necesita armas para defenderlas!” Con esta expresión, el fundador de la orden franciscana puso al descubierto —ya en la Edad Media— la lógica mortal del feudalismo y el incipiente capitalismo posterior. Con toda claridad expuso que la formación de la riqueza y el armamentismo van de la mano. La inclinación del nuevo papa hacia Francisco de Asís no tiene nada que ver con una devoción o folclore sentimental, sino más bien con la pobreza y el destino de los pobres. Esto se encuentra en muchas de sus opiniones anteriores, sobre todo en las de los últimos meses.

#### ***Crítica específica al capitalismo***

El papa sistematiza sus mensajes en la programática exhortación pastoral *Evangelii gaudium - La alegría del Evangelio (EG)*, del 24 de noviembre de 2013. Bajo el conciso encabezado “Esta economía mata”, el periódico alemán *junge Welt* documentó cuatro días más tarde las declaraciones centrales de la crítica del papa al capitalismo. Francisco lanza un cuádruple NO contra ese sistema de muerte: NO a una economía de la exclusión; NO a una nueva idolatría del dinero; NO a un dinero que gobierna en vez de servir; NO a la inequidad que genera violencia. Eso dicen algunos títulos de la exhortación pastoral (cf. *EG*, 53-60). En ella incluye también, junto a las

---

<sup>1</sup> Kuno Füssel y Michael Ramminger son teólogos de la liberación del Instituto de Teología y Política de Münster. Ambos trabajan en diversas organizaciones de izquierda, en la solidaridad con América Latina y en el movimiento de protesta internacional. Su última publicación conjunta fue *Entre Medellín y París. 1968 y la teología*, Lucerna/Münster 2009.

mencionadas críticas al capitalismo, otros dos puntos centrales: en primer lugar, un programa de evangelización, es decir, la realización amplia e intensiva del mensaje evangélico como contribución al proyecto de un mundo justo para todas y todos, y en segundo lugar, una serie de propuestas y exigencias para llevar a cabo una reforma a fondo y duradera de las estructuras de la iglesia y sus funciones pastorales, diaconales y políticas, desde el Vaticano hasta las comunidades locales.

El papa Francisco mantiene un lenguaje concreto y al mismo tiempo apasionado, preciso y polémico, que con frecuencia puede radicalizarse incluso en contra de la misma iglesia. Sus argumentos y expresiones dependen del contexto y las personas, de ahí que interpelen e impulsen a la acción; él no pretende expresiones hermosas, sino propiciar un cambio de actitud. Francisco es, sobre todo, un maestro del lenguaje metafórico. Naturalmente, esto también encierra sus riesgos, como en el caso del discurso de la iglesia como “madre” y las evidentes implicaciones tradicionales vinculadas con él.

Hay que recordar la metáfora frecuentemente citada, pero no interpretada, con que se presentó después del anuncio de su elección el 13 de marzo: “Me han traído del fin del mundo”. En realidad él viene de Buenos Aires, pero se refiere a la Tierra de Fuego, que representa el fin del mundo conocido. Con ello Francisco nos da motivos para pensar en el origen de este nombre: los indígenas encienden fuego permanentemente contra el amenazante frío. Lo que nos quiere decir con eso es que él enciende fuego permanente contra el frío de un mundo destructor y capitalista, y nos anima a hacerlo también nosotros. La metáfora tiene también un segundo aspecto: Francisco viaja de la periferia al centro y trae consigo una conciencia diferenciada de las oposiciones y contradicciones que existen entre ambos espacios. De ahí que nos parezcan fuera de lugar los comentarios de algunos autores en torno a la ingenuidad de Francisco o a su burdo anticapitalismo; esas actitudes se vinculan más bien con la utopía de un comunismo cristiano que nunca ha brindado nada a los pobres.

La nueva exhortación pastoral de Francisco demuestra que él no sólo ha entendido la teoría de la dependencia, sino que su análisis del capitalismo se adentra hasta el carácter fetichista de la mercancía y el capital (cf. *EG*, 55 y su texto “Contra el fetichismo del dinero”, del 16 de mayo de 2013). Eso no lo habían hecho los papas anteriores en sus críticas al capitalismo, desde León XIII (encíclica *Rerum novarum*, 1891) hasta Juan Pablo II (encíclica *Laborem exercens*, 1981). Su anticomunismo estaba tan profundamente arraigado, que eran incapaces de utilizar las categorías de Carlos Marx. Hasta el día de hoy, los representantes de la doctrina social de la iglesia — mencionados en la exhortación pastoral pero, según el cardenal Karl Lehman, no explícitamente reconocidos por el nuevo papa— no ocultan los llamados excesos del capitalismo y sus fracasos. De ahí que recomienden “domesticar a la fiera”, sin darse cuenta de que a la larga esto no funcionará, porque contradice la esencia misma de la economía capitalista. Sin embargo, el nuevo papa va al grano: “Esta economía mata.”

Bergoglio va más allá del énfasis tradicional en la primacía del trabajo sobre el capital y el rechazo de la explotación y la opresión de los trabajadores. A él le preocupa que una gran parte de la población mundial sea excluida de la riqueza producida en común, perdiendo de esta manera sus medios de subsistencia. Su visita a Lampedusa proporcionó una prueba rotunda de dicha conciencia, y le permitió censurar duramente una nueva forma de globalización: la indiferencia.

### ***Ninguna antropología teológica***

Una conclusión fundamental de su crítica al capitalismo es el reconocimiento de que la explotación y la distribución desigual de la riqueza en el mundo se encuentran entre las causas más profundas de la violencia. Esta violencia se manifiesta en diferentes niveles: la economía capitalista funciona según la ley de la competencia incondicional; favorece el desarrollo de la industria tecnológica-militar; genera una sociedad desechable, en la que no sólo la comida, sino incluso las personas son tratadas como basura. Su conclusión salta a la vista: “Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema.” (EG, 202) Tomar en serio la última frase quiere decir que tampoco la iglesia puede resolver sus propios problemas si no lucha por la superación de los problemas mencionados. Esta vinculación debería modificar radicalmente la práctica pastoral de la iglesia.

En varios lugares justifica, por medio de reflexiones antropológicas, su no rotundo a la idolatría del dinero y a una economía basada en la exclusión de quienes son inútiles para el aprovechamiento del capital. Podría parecer que el análisis del carácter fetichista está revestido por consideraciones de tipo antropológico, sobre todo al exponer el concepto de la codicia. Sin embargo, aun cuando no existiera la avidez humana de poder y riqueza, la esencia del capitalismo no cambiaría. El papa no rehúye el terreno de la antropología teológica, sino que hace evidente la instrumentalización de dicho déficit antropológico por parte de la economía capitalista. La relación capital-trabajo activa el vicio latente de la codicia y lo lleva a su máximo florecimiento, de ahí que la reflexión antropológica no sea absurda. Dado que la relación capital-trabajo es generada por las personas, sus consecuencias caen dentro del ámbito de la responsabilidad humana. En sus *Manuscritos económico-filosóficos* (1844) Marx hizo una valiosa aclaración sobre la relación entre la economía y la antropología, utilizando el concepto de alienación. Tal vez el papa Francisco descubra pronto también el uso teológico de este concepto, como ya ocurrió con el concepto fetiche.

### ***Solidaridad con los oprimidos***

El tema de la pobreza y la opción por los pobres ha sido el hilo conductor de las declaraciones anteriores del papa, incluyendo su exhortación pastoral: “Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio” (EG, 48). A diferencia de lo que sucede en muchas de sus declaraciones, la referencia de Francisco a los pobres no tiene un carácter metafórico, sino más bien socio-analítico y teológico. La lucha contra la pobreza es una de las muchas que deben sostener los pobres para llegar a ser sujetos y dejar de ser objeto de la compasión sensiblera y la atención caritativa que suele caracterizar a los círculos conservadores y reaccionarios de la iglesia, interesados en realizar las buenas obras que les permitan alcanzar la vida eterna.

Respecto a la tan frecuentemente citada “opción por los pobres”, queremos hacer un breve comentario sobre su estatus sociológico y teológico. En los textos más significativos sobre el tema aparece con frecuencia la expresión “opción preferencial por los pobres”, con la que se quieren establecer prioridades. La situación de los pobres y las causas de su pobreza deben ser tomadas en cuenta para poder poner en marcha una evangelización liberadora. Ya Tomás Müntzer predicó a sus campesinos: “No se os puede hablar de Dios mientras viváis en la esclavitud”. Sólo la lucha y la solidaridad con los pobres podrá evitar que el consuelo del Evangelio sea una promesa vana. Implícitamente, la opción por los pobres incluye la comprensión de los pobres como empobrecidos por el sistema, lo que va mucho más allá de su simple percepción como masa reducida a la miseria.

Francisco no es explícito, pero sabe muy bien que la iglesia católica no puede mantenerse al margen de las luchas de clases del presente. Los improperios de quienes sostienen lo contrario son una prueba contundente de ello. Esto no significa, en modo alguno, que la iglesia católica desdeñe a los ricos o sea su enemiga. Como dice el teólogo de la liberación peruano Gustavo Gutiérrez: “el amor universal es aquel que, en solidaridad con los oprimidos, busca también liberar a los opresores de su propio poder, de su ambición y de su egoísmo”.

Es justo en este sentido que Francisco presenta el problema de la pobreza y su existencia como un problema teológico central, y por ello un reto radical para la autocomprensión de los católicos. Él escribe: “La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo.” (EG, 24) Lo que aquí se formula en lenguaje teológico no es otra cosa más que la iglesia católica encuentra su propia existencia en la solidaridad con los que sufren y los oprimidos. Toda iglesia que prescindiera de este criterio y que no anuncie la buena noticia como buena noticia en sentido material —fin de la pobreza, la explotación y la opresión—, o que se quede en el anuncio y no llegue a la práctica, pierde su esencia.

Quien tome en serio su crítica al capitalismo, la opción por los pobres y la consecuente comprensión de la iglesia y su servicio a las personas, no puede pasar por alto la cercanía de Francisco con la práctica y las líneas fundamentales de la teología de la liberación, aunque él evite —con sobrados motivos— señalarlo explícitamente. Eso lo saben muchos de sus adversarios en el Vaticano (entre ellos Gerhard Ludwig Müller, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y amigo íntimo de Ratzinger), quienes tratan desesperadamente de probar que el papa no es partidario de la teología de la liberación. Esto se ha visto de manera especial en el vergonzoso acaparamiento de Gustavo Gutiérrez. Sin embargo, es inútil el intento de distinguir entre una teología de la liberación “buena” —porque no es marxista— y una “mala” —porque sí lo es. Naturalmente Francisco conoce el poder del anticomunismo, y a las acusaciones de marxista que se han formulado en su contra ha respondido: “La ideología marxista está equivocada, pero en mi vida he conocido muchos marxistas buenas personas, por eso no me siento ofendido.” ¿Se puede entender lo anterior como distanciamiento, sin saber lo que quiere decir con “ideología marxista”? Con toda seguridad él puede distinguir la ideología de la teoría marxista porque, como jesuita, el “discernimiento de los espíritus” debe ser en él una capacidad muy ejercitada. En este contexto es que desarrolló, en la entrevista publicada por el diario italiano *La Stampa* el 14 de diciembre de 2013, su evaluación de la ilusión ampliamente difundida de que un capitalismo floreciente podría ayudar también a los pobres: “Había la promesa de que cuando el vaso se llenara, se derramaría beneficiando a los pobres. Pero en la realidad pasa otra cosa: en cuanto el vaso está lleno, mágicamente se convierte en un vaso más grande, de modo que nunca llega nada a los pobres.”

### **Poder limitado**

Es lamentable que un público frecuentemente considerado crítico no perciba lo suficiente el impulso que ha tomado la lucha de clases en la iglesia católica. Esta situación se verá agravada si se llevan a cabo las reformas estructurales anunciadas, especialmente la del Banco del Vaticano —plagado de escándalos— y la del aparato administrativo, orientadas hacia la eliminación de beneficios y la restricción de posiciones de poder. Francisco escribió: “Una excesiva centralización, más que ayudar, complica la vida de la iglesia y su dinámica misionera.” (EG, 32) Dentro de sus consideraciones finales, aboga por un mayor protagonismo de las conferencias episcopales regionales y nacionales, a las que adjudica una auténtica autoridad doctrinal —como ya lo había

deseado el Concilio Vaticano II, última gran reforma de la iglesia católica entre 1962 y 1965. Considera que incluso el papado debe ser reformado para poder responder mejor a las demandas actuales de la evangelización. Todo esto nos muestra que el papa está cuestionando las estructuras de las que depende la mayor parte de la burocracia vaticana y que son el mayor obstáculo para una "iglesia pobre para los pobres", fórmula que acuñó Francisco en sintonía con el Papa Juan XXIII (1958-1963).

Hay un tema que sigue siendo neurálgico. Francisco es consciente de que no es posible la renovación sin una rehabilitación de las mujeres y un reconocimiento a su importancia en el desarrollo de la iglesia. Él enfatiza repetidamente la dignidad de las mujeres y reclama la revalorización de su papel en la conformación de la iglesia. Sin embargo, en lo que se refiere a su ordenación sacerdotal, sigue siendo prisionero de las reservas y falsas interpretaciones tradicionales: a pesar de la grave escasez de sacerdotes, las mujeres seguirán siendo excluidas del sacerdocio. (Cf. EG, 103s.)

Para los no católicos, muchos de los conflictos actuales, los nuevos nombramientos de oficinas, etc. giran en torno a temas aparentemente absurdos, como el diseño de la liturgia. Pero detrás se esconden acaloradas luchas de poder, en las que el papa ejerce una inteligente pero cautelosa política personal para la realización de su programa. Por ejemplo, el cardenal conservador estadounidense Raymond Leo Burke no fue reelegido en la Congregación para los Obispos, que se encarga de los nombramientos y reuniones episcopales —y esto no es un caso aislado.

Sin embargo, todo lo anterior no puede ocultar el hecho de que Francisco tiene un poder limitado. El periodista y vaticanista Marco Politi planteó el siguiente escenario en el diario italiano *Il Fatto Quotidiano*, el 6 de diciembre de 2013: "Hasta ahora, no se ve en los dicasterios de la Curia ni en el episcopado mundial un grupo compacto de cardenales, obispos y sacerdotes dispuesto a luchar por las reformas de Bergoglio, como lo hicieron los defensores de la reforma gregoriana en la Edad Media o de los cambios promovidos por el Concilio de Trento. Las conferencias episcopales nacionales se limitan a mirar con los brazos cruzados. Muchos toman los impulsos de Francisco de manera pasiva y no pocos conservadores esperan en silencio a que dé un paso en falso."

Esto puede ser cierto por el momento. Sin embargo, las humillaciones y persecuciones romanas al proyecto popular de iglesia en América Latina y la teología de la liberación no han sido capaces de destruir los sectores progresistas de la iglesia. De modo que hay razones para esperar que el "gris pragmatismo de la vida cotidiana de la iglesia donde aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando" —que tanto lamenta Francisco— será reemplazado por una alegría vital en la lucha por la justicia y la liberación. Como el mismo papa señala: "Los desafíos están para superarlos" ★

\* Traducción: Pilar Puertas (puertas@itpol.de)